

Misión Nacional

CREO EN LA IGLESIA

Pedro Trigo

En la imposibilidad de componer aquí un tratado sobre la Iglesia hemos querido limitarnos a su origen que constituye también su esencia: La Iglesia nace de la acción del Espíritu en la carne de la comunidad de Jesús de Nazaret. Esta comunidad vive

hoy en Venezuela. Así pues nos vamos a referir a continuación a tres problemas de nuestra Iglesia. Lo susodicho constituye su marco referencial y por eso nos dispensamos de explicaciones prolijas.

LA COMUNIDAD DE JESUS

LA COMUNIDAD DE JESUS

La Iglesia se remonta a la comunidad histórica de Jesús de Nazaret. Desde el inicio de su ministerio Jesús convoca a un grupo para que participe de su vida y de su misión. El grupo está referido a Jesús y Jesús lo orienta al Reino. El grupo se conserva unido por la adhesión personal a Jesús; pero sus componentes mantienen sus propias ideas sobre el Reino, diversas entre sí y opuestas a veces a las de Jesús. Por eso la tarea de Jesús con ellos es doble: convertirlos al Reino y compartir con ellos la misión de predicar el Reino. Jesús cumple esta tarea no mediante prácticas metódicas de aprendizaje doctrinal y ejercicios ascéticos y espirituales (como los maestros de su tiempo) sino mediante una comunicación personal profunda, compartiendo la intimidad y los trabajos, dialogando con confianza y paciencia. No se trataba de profesar una doctrina ni de imitar unos gestos sino de seguirle y estar con él.

Este seguimiento conoce la crisis de tener que renunciar a su propia visión del Reino y a los caminos que cada quien juzgaba más adecuados, pasa por el sufrimiento mayor del rechazo de las autoridades religiosas y entra por la puerta estrecha de la subida a Jerusalén donde el enfrentamiento y la persecución parecían inevitables. En la hora suprema el grupo abandona a Jesús. Tras el asesinato de su maestro se congregan aturridos y espantados a esperar sin esperanza. Entonces tienen lugar las apariciones del resucitado que acaban con el temor, traen la paz y el sentido y envían a proclamar el Reino, ahora desde la certeza gozosa de su inicio en Jesús. Desde entonces la predicación del Reino es también indisolublemente testimonio de Jesús de Nazaret.

Este grupo que procede de Jesús de Nazaret, que deriva de los que andu-

vieron con él "desde que Juan predicaba en el Jordán hasta el día en que se lo llevaron al cielo" (Hch 1,22) es la carne irrenunciante de la Iglesia. Venimos de unos judíos del siglo primero y de los que oyeron sus palabras y dieron fe a su testimonio. Venimos de esa cadena de encuentros entregados al azar de la historia y condicionados por circunstancias económicas, culturales y simplemente geográficas.

ENVIADOS POR EL ENVIADO

En esa cadena de transmisiones hay una convicción constante: Jesús envió a los discípulos como el Padre lo envió a él; los envió a continuar su obra y para eso les pidió que enviaran a otros en su nombre. Por eso decimos que la Iglesia es apostólica (enviada). Esto nos llena de estremecimiento, porque Jesús era Hijo de Dios, él estaba al tanto de lo que significaba hacer presente el Reino, él no tenía pecado y su comida era hacer la voluntad de su Padre y llevar a cabo su obra. Y sin embargo nosotros los enviados somos pecadores que a veces nos servimos del Reino para conquistar poder, para satisfacer nuestra vanidad o para afianzarnos en la seguridad mundana que da toda institución poderosa. Nosotros los enviados somos limitados y a veces confundimos el Reino con las tradiciones de nuestro país, con la prevalencia de nuestra cultura, con la exaltación de nuestra clase social, con el espíritu de nuestro tiempo. Nosotros somos seres de labios impuros que habitamos en un pueblo de labios impuros (Is 6, 5) y precisamente nosotros hemos visto al Señor con los ojos de la fe y hemos sido enviados por él a los hermanos.

La fe y el envío ponen un principio renovador en nuestras vidas que emprende un diálogo liberador con nuestros viejos impulsos y relaciones; pero éstos mantienen su propia dinámica y

por eso ese proceso implica cargar con la cruz, es decir morir cada día (Lc 9, 23) y estar dispuestos a entregar la vida en esta lucha que no es sólo interior (Mc 8, 34-35). Esta es la paradoja de la Iglesia enviada y enviada: en cuanto vive de la fe, sana; pero su fe es débil y ha de ser renovada cada día. Es lo que expresamos antes de recibir la comunión: "Señor, decimos, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarnos". Si creemos en estas palabras ¿cómo tenemos que repetir las todos los días? Todos los días la Iglesia pecadora y creyente es renovada y enviada, todos los días tiene que acudir a su Señor para que haga con cada uno y con el grupo la función sanadora e iluminadora que hacía con los apóstoles y discípulos y para que como a ellos nos envíe en su nombre. Porque cada día los discípulos tendemos como los primeros a enredarnos en discusiones (Mc 8, 16-18), a corromper el camino de la cruz (Mc 8, 31-33), a disputar por el poder (Mc 9, 33-34) y a transmitir como evangelio de Dios tradiciones que esclavizan (Gal 2, 14).

LA IGLESIA TIENE QUE DEMOSTRAR SU LEGITIMIDAD

Pero Jesús "no está aquí" (Mc 16,6), "se lo han llevado al cielo" (Hch 1,11). El está con nosotros todos los días (Mt 28,20) en signos y sacramentos. ¿Qué garantía tenemos de comulgar con él al comulgar en la Iglesia? Como subraya Pablo (1 Cor 11, 20) una eucaristía con materia, forma, ministro y sujeto, una eucaristía canónicamente válida no es por eso automáticamente "comer la cena del Señor"; una apostolicidad meramente mecánica no garantiza un envío real. Esta debilidad de la carne de la Iglesia no debe ser ocultada pues ella es nuestra gloria porque no nos predicamos a nosotros mismos (2 Cor 4,5)

y la gracia resplandece en nuestra debilidad (2 Cor 12, 9). De lo contrario el enviado sustituye a quien dice representar, la institución se convierte en ídolo, y la seguridad de la ley y la carne sustituye a la obediencia de la fe. Así pues la apostolicidad es una nota de la Iglesia pero no como cualidad que dimana necesariamente de una sustancia sino como esperanza que tenemos en la eficacia de la palabra de Jesús victorioso de nuestra limitación y pecado.

CRITERIOS DE LEGITIMIDAD

1. La fe de los apóstoles

La Iglesia es enviada por Jesús cuando transmite la fe de los apóstoles. En ese sentido la referencia a la comunidad de Jesús es insuperable. Esa comunidad no es sólo el primer eslabón de una cadena: ellos son de tal manera testigos de Jesús que sólo a través de su testimonio se nos revela Jesús y no hay modo de saltar a Jesús de Nazaret independiente de la interpretación de sus discípulos. Más aún estar en la Iglesia es dar fe a su testimonio como genuino, es decir, como interpretación verdadera, certera, aunque siempre insuficiente de Jesús. Así como creemos que Jesús revela al Padre, así también creemos que los evangelios revelan a Jesús; aunque así como Jesús es revelación adecuada del Padre los evangelios no logran agotar el misterio de Jesús (Jn 21, 24-25).

Así como el Padre se revela en la carne de Jesús, así Jesús se revela en las peculiaridades de cada evangelista y de las comunidades en que surgieron los evangelios. Por eso los evangelios son interpretaciones. No decimos sólo evangelio de Jesús, sino que añadimos según San Marcos o Mateo, Lucas o Juan. En este sentido nos habla también Pablo de su evangelio (Rm 2,16), y distinguen también los teólogos el kerigma (la proclamación) de los Hechos, de la carta de Santiago o del Apocalipsis. Así pues, sin confundir pero sin poder separar, estos escritos nos entregan el mensaje de Jesús y los problemas, los conceptos y sentimientos de las comunidades y los hombres que los elaboran. Naturalmente que esos problemas y el aparato conceptual con que los encaran están confinados a un momento de la historia y no pueden pretender el carácter absoluto de Jesús. Pero para medirnos con Jesús tenemos también que compararnos con ellos. Así pues es insuficiente la ecuación: Jesús es a su tiempo como nosotros al nuestro. Es necesario añadir otro término a la primera relación: Jesús es a su tiempo

como las comunidades del N.T. al suyo. Es esa primera correlación la que debe preservarse en la relación que nosotros establezcamos con nuestro tiempo.

2. Prioridad del Evangelio y necesidad de interpretarlo.

El evangelio es referencia ineludible. De ahí que un documento eclesiástico basado en la llamada "ley natural" no puede pretender una adhesión de fe como otro basado en la palabra del Señor. Los símbolos de fe, los dogmas, las actas conciliares, las encíclicas, las pastorales, los catecismos y los libros teológicos y espirituales no pueden sustituir al evangelio y valen en cuanto entroncan con él.

Pero, afirmada la soberanía del evangelio, hay que insistir en la necesidad de que cada tiempo y cada Iglesia digan su palabra. Si faltan, hay fundamentalismo esclavizante, no palabra viva que es siempre también palabra de hombres vivos. Por eso con el riesgo de empobrecer el Evangelio y aun desviarse de él cada Iglesia en cada tiempo tiene la obligación de darnos su evangelio. Una Iglesia muda o repetitiva no es una Iglesia apostólica: falta esa fidelidad al intento de la primera generación de proclamar a Jesús a los judíos a lo judío y a los gentiles a lo gentil (1 Cor 9, 19-22). Desviaciones también entonces las hubo y no sólo en la base (1 Cor 12, 1-3; 15, 12; Gal 4, 8-11; Col 2, 20-23...) sino también en el mismo Pedro (Gal 2, 11-14). Las desviaciones pueden corregirse; el pecado capital es no evangelizar (1 Cor 9, 16).

3. Comunidad en torno a Jesús

Pero no basta la fidelidad al mensaje apostólico. Para que la Iglesia sea apostólica los enviados tienen que vivir como la comunidad de Jesús. Esa es la figura insuperable y paradigmática de la Iglesia. Ante todo tiene que seguir siendo una comunidad en torno a Jesús. Nadie sustituye a Jesús en la Iglesia. En ella hay muchas funciones, pero todos somos discípulos en torno al Maestro, hermanos en torno al Señor, amigos en torno al tesoro del Reino. De aquí la importancia de la lectura en común del evangelio y de la celebración de la cena del Señor; pero no menos, de que estas se lleven a cabo en clima fraterno y dialógico.

4. Comunidad en misión

No puede ser una comunidad instalada, no puede identificarse con un pueblo, con una cultura, con una clase.

Nunca equivale a unas formas religiosas determinadas. La comunidad de Jesús tiene que seguir siendo siempre, como lo fue al principio, una comunidad misionera. Nunca un pueblo está acabado de misionar, ni siquiera lo está la propia comunidad. Una Iglesia sigue siendo apostólica cuando, encarnada en un pueblo, lo trasciende porque es enviada de Jesús de Nazaret para la salvación de ese pueblo y no la sacralización de un grado de religiosidad y de unas expresiones institucionales tradicionales o recién creadas por la nación. Una institución que dice a sus miembros "o aceptan lo mandado o se van" es una Iglesia doctrinaria, una secta, no la Iglesia de Jesús.

5. Misión en pobreza y persecuciones

Un aspecto de la comunidad de Jesús que no es prescindible (como la lengua o las prescripciones cúlitas) sino absoluto y paradigmático es la predicación en pobreza (Lc 5, 11,28; 9, 58; 10, 21; 12,22-34) y persecuciones (Mt 10, 16-33; Jn 15,18-16,2). Estos son los dos brazos de la cruz del Señor, las señales que autentican la verdad de la proclamación y la calidad de los testigos. Aquí no cabe la adaptación: la misión es a todos los pueblos y a todas las clases sociales, pero siempre desde la pobreza. Y más precisamente desde los pobres, desde el mundo de los pobres; no desde reglas y severidades rituales que sólo sirven para cebar el amor propio (Col 2, 16-23). La comunidad de Jesús era de gente popular y Jesús los envió advirtiéndoles que "no tomen nada para el camino" (Lc 9, 3; 10,4), porque "no se puede servir a Dios y al dinero" (Lc 16, 13) y "el que no renuncia a todo lo que tiene no puede ser discípulo mío" (Lc 14, 33). Este criterio no ha de ser relativizado por la historia de la Iglesia sino que la historia de la Iglesia ha de ser juzgada por este criterio. Gracias a Dios en cada época ha habido quien lo reivindicó. En la nuestra lo hizo el Concilio en un histórico pasaje (L.G. 1,8) que profundizó Medellín (c 14) y sobre todo lo reivindicaron quienes, rompiendo con la mundanización que se nos había pegado, se convierten a los pobres y poco a poco se dejan moldear por ellos. Pero nuestra época es de gracia porque los pobres mismos van entrando en la institución eclesiástica y con toda verdad vuelven a constituir en algunas partes la riqueza de la Iglesia, como lo fue para la Iglesia romana de San Sixto y su diácono Lorenzo.



6. La Iglesia está para servir

Pero esta comunidad en pobreza y sobre todo de pobres es la comunidad de Jesús cuando desde la necesidad propia se entrega al servicio mutuo y al servicio al mundo. Y este servicio es cristiano cuando se da desde dentro, haciendo nuestros "los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y afligidos (G.S. 1). No se trata simplemente de ser pobre sino de "asumir la causa de los pobres" como causa propia, más aún como "la causa misma de Cristo" (Puebla: Mensaje a los pueblos de A.L., 3).

Esta servicialidad constituye el testamento de Jesús, su último encargo solemne (Jn 13, 1-17). Y no se logró de un modo espontáneo. Fue la lucha constante de Jesús hasta el último momento (Lc 22, 24-27). La discriminación en el servicio constituyó el primer pleito de la comunidad cristiana (Hch 6, 1-7). También en las cartas de Pablo es un tema constante. Esto prueba que esta entrega servicial al hermano y al pobre (en las primeras comunidades era casi lo mismo decir a los pobres de dentro y de fuera) es lo que distingue a los discípulos de

Jesús (Jn 13, 34-35; 1 Jn 3, 16-18; St 2, 15-16); pero también prueba la dificultad de lograrlo y el esfuerzo sin tregua

de los apóstoles para no ceder en este punto, pues si no se trataría ya de una comunidad apostólica.

LA COMUNIDAD DEL ESPIRITU

LA IGLESIA, NOVEDAD DEL ESPIRITU

El Reino y la Iglesia

En el origen de la Iglesia encontramos a la comunidad histórica de Jesús de Nazaret. Pero la Iglesia actual no se explica solamente por la cadena de fidelidades que va de la fe de los apóstoles a la fe de los que creyeron en su testimonio hasta nuestra propia fe. La Iglesia no es sólo la congregación de los fieles. Si se redujera a eso no pasaría de ser una comunidad humana. La Iglesia es antes que nada la convocación de Jesús. Jesús llamó a los discípulos y los envió a proclamar la llegada del Reino de Dios. Jesús resucitado volvió a convocarlos y los remitió a Galilea, es decir a que reiniciaran todo el proceso de Jesús, porque su asunto "empezó en Galilea" (Hch 10, 37).

Para que fueran sus testigos, les comunicó su Espíritu. Con el Espíritu, los discípulos hablaron de Jesús desde dentro, desde el propio misterio de Jesús y no desde fuera, desde el conocimiento o el entusiasmo como pudiera hacerlo un historiador o un prosélito de un caudillo o un discípulo de un filósofo. Con este Espíritu se lanzaron como Jesús a predicar la venida del Reino, ahora con la certeza gozosa de que ya había comenzado con la victoria de Jesús sobre la muerte.

Pero los discípulos siguieron entendiendo el Reino como la conversión y salvación de Israel por la acción de Dios en Jesús, y, por medio de Israel, la conversión y salvación de todos los pueblos. Al evangelizar iban construyendo la Iglesia; pero ellos no reparaban en eso sino en disponer a Israel para la llegada inminente del Reino de Dios. Sólo al ver que Israel no se convertía y que no llegaba el Reino fijaron su atención expresa, y pormenorizada en esa comunidad, la Iglesia, que como una semilla iba a proclamar y a plantar el Reino, no sólo en Israel sino en todos los pueblos hasta que germine y crezca en los tiempos que Dios tiene señalados.

Recojamos esta evolución en un texto (aunque un poco extremista a nuestro parecer) que vale por su gran claridad y porque representa el parecer de muchos otros teólogos: "Como nos per-

mite reconocer el Nuevo Testamento, el mensaje de Jesús es, por de pronto e inmediatamente un mensaje escatológico, que apunta al Reino de Dios, y no a la Iglesia. Que haya Iglesia, no está, cierto, en oposición a este mensaje, pero en la graduación de las revelaciones de Cristo representa sólo una segunda posibilidad. Por el mismo caso, la acción de los doce después de Pentecostés no tiene por de pronto como meta la Iglesia, sino el reino de Dios. Uno de los hechos sorprendentes que podemos deducir claramente de los Hechos de los Apóstoles es que los doce no emprendieron, por lo pronto, la evangelización de las naciones, sino que probaron de convertir a Israel y crear así el supuesto para el Reino. Una serie de choques históricos, entre los que habría que mentar sobre todo las ejecuciones de Esteban y Santiago y, final y decisivamente, la prisión y fuga de Pedro, llevó a la Iglesia madre de Jerusalén, según el estado de las fuentes, a reconocer como definitivo el fracaso del intento sobre Israel, a marchar en lo sucesivo a los gentiles y a crear, en lugar del Reino, la Iglesia. Y lo hacen, como resulta de los relatos, señaladamente del capítulo 15 del libro de los Hechos, como una nueva decisión en el Espíritu Santo, y abren así la nueva interpretación del mensaje de Cristo, en que estriba esencialmente la Iglesia" (1)

En este texto tenemos que retener en primer lugar que el Espíritu convierte la fidelidad de los discípulos en un proceso vivo y no en una repetición mecánica. En segundo lugar habría que fijarse en dos aspectos de este proceso: la ida a los paganos y el abandono de la convicción del fin inminente.

Responder a lo que vaya viniendo

El texto se refiere a "una nueva decisión en el Espíritu Santo" y a una "nueva interpretación del mensaje de Cristo". Tal vez las expresiones resulten un poco drásticas (aunque el texto da a entender que se trata del único mensaje de Cristo), pero la novedad es innegable (tanta que en épocas pasadas estuvo de moda decir que Jesús fue un personaje del judaísmo y que el verdadero fundador de la religión cristiana es Pablo). Sólo que la novedad no fue infidelidad sino respuesta, según el Espíritu de Jesús,

a las circunstancias cambiantes.

Los discípulos no estaban atados a ningún código. Jesús no fue un legislador, menos aún un guardián de ortodoxias acartonadas. La Palabra de Dios se reveló en Jesús como una vida concreta. Obedecer a esta Palabra hecha carne es seguir ese mismo camino. Seguir no es imitar. El seguimiento exige creatividad; en caso contrario se degrada a remedo.

En esa misma onda están las palabras de Jesús, suficientemente explícitas como para alumbrar un camino y evitar equívocos, pero nunca tan estrechas como para eximirnos de una interpretación. Al no haber el cumplimiento literal, reclaman la presencia del Espíritu. Es lo que promete el Jesús de Juan para compensar su ausencia: "el Espíritu de la verdad los irá guiando en la verdad toda (...) y les interpretará lo que vaya viniendo" (Jn 16,13).

La Iglesia nace, pues, como novedad. No cualquier novedad, sino la de Jesús, futuro nuestro (aunque siempre el mismo Jesús de Nazaret, el hijo de María, el torturado). La Iglesia posee a Jesús como evangelio, es decir, como una buena nueva. Y si en una época y en un lugar deja de percibirlo como novedad y como novedad salvadora es que no conoce a Jesús en el Espíritu sino en la carne, un conocimiento que de nada aprovecha, ni a ella ni a los demás. Y si una institución eclesiástica se empeña en proclamar a Jesús en fórmulas y signos gastados, ya no evangeliza, sólo repite una doctrina. Eso ocurrió en buena medida antes del Concilio. Y de ahí su necesidad y su carácter de acontecimiento del Espíritu. Cuando hay vida y libertad, se corren riesgos, se dan desviaciones y hasta peligro hay de herejías y cismas. Pero mientras siga el proceso, es decir la obediencia al Espíritu, las cargas se enderezan en el camino. Lo que no es compatible con la Iglesia como creación del Espíritu es volver al imperio de la ley uniforme, repetitiva, asfixiante y a los pálidos inquisidores que la custodian y que, pensando dar culto a Dios, sacrifican a los hombres ante ella.

LA IGLESIA UNIVERSAL

De los judíos a los paganos

La ida a los paganos aparece en los Hechos y en las cartas de Pablo como una decisión del Espíritu que la mayoría aceptó, en contra de sus convicciones, porque captó que era mandato del Espíritu. La aceptación fue minimalista: permitir que se formara una Iglesia de paganos y comulgar con ella. Pero no signifi-

có entrar en ella ni siquiera cambiar su propia proclamación. En el episodio de Cornelio (Hch 10) aparece bien claro la resistencia de Pedro al mandato del Señor por aferrarse a sus tradiciones religiosas (13-16) y cómo la entrega del bautismo a Cornelio y a su familia fue a más no poder: sobre esos paganos se repitió textualmente Pentecostés (44-45); "pues si Dios quiso darles a ellos el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo ¿quién era yo para poder impedirlo a Dios?" (11,17).

Así pues como hay un Pentecostés judío hay también otro pagano. De este segundo brota la Iglesia que conocemos, es decir la religión cristiana y no sólo la Iglesia como un camino (aunque sea el definitivo) dentro de la religión judía. Pues la Iglesia de Jerusalén seguía sin duda a Jesús pero también cumplía la ley de Moisés con todas sus prescripciones y ritos. Acudían a la instrucción de los apóstoles y participaban de la cena del Señor, pero también oraban en el templo y seguían el calendario litúrgico judío. Al darse una Iglesia de paganos, la observancia de la religión judía, cuando no desapareció, se relativizó a expresión cultural del camino cristiano, válido para los que se sentían identificados con esa cultura, pero simple mediación del evangelio sometida a él. Al derramarse el Espíritu a los paganos fue posible la Iglesia como católica (universal).

Entonces los discípulos se acordaron de que Jesús elogió la fe del centurión romano y de la mujer fenicia como superiores a la de Israel (Lc 7, 9; Mt 15, 28); más aun profetizó que, puesto que los jefes judíos lo rechazaban, "se les quitará el Reino de Dios y se le dará a un pueblo que produzca sus frutos" (Mt 21,43) "y vendrán muchos de oriente y occidente a ponerse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos, mientras que los hijos del Reino serán echados fuera" (Mt 8, 11-12). Nosotros somos ese pueblo nacido, no de la raza, la cultura o el rito, sino de la fe y del Espíritu y juzgado como el anterior, por los frutos (Lc 6,43-45; Mt 12, 33-35), porque poderoso es Dios para sacar de las piedras hijos de Abraham (Lc 3, 8).

Fundamento y problema de la catolicidad.

La Iglesia puede ser católica porque el Espíritu ha sido derramado sobre todos los hombres (Hch 2, 17); por eso la Iglesia es, no la secta de los salvados, sino el sacramento (el símbolo eficaz)

de que en la humanidad entera late un misterio de salvación: El Espíritu que Jesús entregó al Padre y a nosotros a la hora de morir (Jn 19, 30) y que en la Pascua se derramó como viento fuerte y libre de renovación humana (Hch 2, 1-4; Jn 3, 8). Este Espíritu desborda a la Iglesia. La Iglesia no es su dueña sino su servidora. Por eso debe cuidar de no apagarlo en sí ni en los demás.

Lo apagaban aquellos que bajaron de Jerusalén y que enviados por los apóstoles: "para acabar con la libertad que nos alcanzó Jesucristo, con intención de esclavizarnos" (Gal 2,4) con sus prescripciones, válidas tal vez para ellos, pero no para los demás pueblos. Y, como aquella primera vez, la Iglesia ha apagado el Espíritu siempre que en nombre de Dios ha impuesto cargas que no pasan de ser tradiciones humanas. Cuando quiso imponer a los egipcios (coptos), sirios o armenios la cultura imperial bizantina, o a los orientales la occidental, a los germanos la latina, a los rusos la griega, a los indios y chinos la europea, a los indo-americanos la ibérica y a los africanos la europea.

El Concilio Vaticano II en principio (y todavía con grandes limitaciones) reafirmó con fuerza los principios teológicos de la catolicidad (LG 13 s.; AG 22; 10-12...). Pero aún no resulta claro prever si la catolicidad configurará a la Iglesia en una comunión en la variedad que sea espejo y camino (sacramento) de la unidad del género humano o si (como en lo político y económico pretende la "sociedad occidental y cristiana") la unidad que el mundo está alcanzando por primera vez en la historia se dará en forma de la supremacía injusta y la uniformidad impuesta. Nosotros mantenemos viva la esperanza de que esta catolicidad pueda hacerse realidad y en eso ponemos nuestras vidas.

LA IGLESIA EN LA HISTORIA

Hemos mostrado cómo el Espíritu en la Iglesia lucha por vencer los particularismos de su origen y de su limitada historia y encarnarse en cada pueblo manteniendo la unidad de la fe y la comunión en el marco pluralista de la libertad espiritual. Nos toca ahora mostrar cómo este mismo Espíritu abrió la Iglesia a la historia.

Los días finales

Jesús probablemente pensó que en su vida irrumpía el Reino de Dios. Sus palabras y sus signos indicaban que ya era el tiempo. Su misma persona pertenecía al Reino. Esta convicción de Jesús

está a la base de su propuesta de conversión: como el Reino llega, lo sensato es abrirse a él. Cuando Jesús va a Jerusalén sabe que se hunde en el misterio del Reino. Por eso permite que lo proclamen Mesías: "¡bendito el reinado que llega, el de nuestro Padre David!" (Mc 11,10). La agonía de Getsemaní es vivida por él como el último combate con el Príncipe de este mundo, como la Hora de la Prueba Final. Es la hora en que el Jefe de este mundo va a ser echado fuera. Jesús, de acuerdo con la convicción apocalíptica de su época, espera la intervención suprema de Dios. Pero, superando las representaciones de su época, no quiere tentar a Dios, le deja a Dios ser Dios y simplemente se pone en sus manos. El no sabe ni cuándo ni cómo actuará (Mc 13,32). Pero sí cree que va a suceder en su época. Por eso enrostra al sanedrín que lo condena la profecía del profeta apocalíptico: "Ustedes verán cómo este Hombre toma asiento a la derecha del Todopoderoso y cómo viene entre las nubes del Cielo" (Mc 14,62; Cf. Dn 7,13).

Todavía Pablo en su escrito más antiguo (quizás el primero del N.T.) habla a los tesalonicenses de que "aún estaremos vivos cuando venga el Señor" (1 Tes 4,15); unos años más tarde vuelve a repetir esta idea (1 Cor 15,51) y de ella saca la conclusión de que no merece la pena cambiar de estado de vida (circuncidado o gentil, esclavo o libre, soltero o casado...) "cuando la calamidad ya se viene encima" (7, 26) y "el papel de este mundo está para terminar" (31). En esta situación extrema lo mejor es "ahorrarse preocupaciones" (32) y concentrarse en lo esencial que es "buscar como complacer al Señor" (id). Es lo mismo que aparece en las múltiples exhortaciones evangélicas a la vigilancia (Mc 13, 33-37; Mt 25, 1-13; Lc 14, 15-24; 21, 34-36).

El tiempo de la paciencia de Dios.

Pero el tiempo pasaba. El Jesús de Mateo, contando con la persecución a los discípulos, les dice qué hacer, previendo su corta duración: "Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra, porque les aseguro que no habrán acabado con las ciudades de Israel antes de que vuelva este hombre" (Mt 10, 23). Pero quienes murieron fueron los discípulos sin llegar a contemplar la irrupción del Reino. ¿Qué pensar del retraso de la parusía (el fin de los tiempos)? ¿Qué hacer entre tanto? Lucas, tanto en su evangelio como en los Hechos, es quien responde de un modo más radical a esas cuestiones. Esa es precisamente la

última pregunta que pone en boca de los discípulos antes de subir Jesús al Cielo: "Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel? El contestó: No les toca a ustedes conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha reservado a su autoridad. Pero recibirán una fuerza, el Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, para ser testigos míos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta en los confines del mundo" (Hch 1, 6-8). Por la intervención del Espíritu, aquí se da el paso desde la fijación de los discípulos en la hora de Dios a la misión de los discípulos en la sucesión de los tiempos. Los discípulos son arrancados de la fascinación del instante decisivo y lanzados a la historia. Y en la historia de salvación nace el tiempo de la Iglesia.

Entonces los discípulos se acordaron de que Jesús, aun en la espera de lo definitivo, vivía con tranquilidad, sabía entregarse al requerimiento de cada situación, nunca perdió la dimensión de la cotidianidad, hacía justicia a cada nivel de la existencia y alcanzó la verdadera plenitud humana. Más aún, comprendieron que Jesús había sido jovial y entrañablemente humano precisamente porque se había entregado al "único necesario" (Lc 10, 41). Era la confianza en su Padre la que le libró del fanatismo en el compromiso y de la unidimensionalidad en la opción consecuente. Porque su Dios era el creador que venía a hacer nuevas todas las cosas (Ap 21,5). Sus discípulos recordaron las parábolas en que el Reino aparecía como una semilla (Mc 4, 1-20. 26-32): su poder germinador no irrumpe sino que se desarrolla imperceptiblemente en el tiempo.

La ambigüedad insuperable

Así pues el Espíritu nos empuja a la historia: "¿Qué hacen ahí plantados mirando al Cielo?" (Hch 1,11). Lo nuestro no es la espera estática. Como Jesús, tenemos que dejarle a Dios ser Dios, él sabe cuándo y cómo entraremos a lo definitivo. Mientras tanto nos queda el testimonio. De lo demás "a tí qué te importa", tú sígueme" (Jn 21,22). Lo nuestro es seguir a Jesús: en la confianza filial, en la misericordia, en el diálogo abierto, en la disponibilidad, en el testimonio insobornable de la verdad, en la denuncia de los opresores, en la voluntad de vencer al mal a fuerza del bien y en el intento infatigable de construir un mundo donde habite la justicia. Ese es nuestro intento, siempre abierto; más aún, recomponiéndose cada día de nuestras desviaciones y desfallecimientos, de nuestro pecado. El éxito de nuestro in-

tento queda en manos de Dios. Eso nos libra de la pesadumbre de los que se creen escogidos como salvadores del mundo.

Cuando la Iglesia se deshistoriza y absolutiza sus sacramentos, sus leyes, sus instituciones o sus personeros, se vuelve rígida, dura y finalmente grotesca. Es una Iglesia que, pretendiendo representar a Jesús, lo ha sustituido. Lo mismo cuando unos cristianos absolutizan un logro histórico identificándolo con la liberación escatológica: Los medios se convierten en fines, se contrae la libertad, la situación se burocratiza y se acaba en un estado policíaco. Así ha pasado y pasa por la derecha, así ha pasado y puede estar empezando a pasar por la izquierda.

El Espíritu lucha por restituir la Iglesia a la historia, es decir, a lo ambigüo, a lo que no puede mantenerse y hay siempre que recomponer. En la historia, insuperablemente compuesta de trigo y cizaña y sin embargo siempre abierta a Dios, es donde los cristianos realizamos nuestro testimonio y seguimiento. La fidelidad cristiana no busca transformar la espiral de los tiempos en la recta ascendente del progreso. Se realiza gustosamente en la historia hasta que El venga. Y en la historia se gloria de su debilidad porque sabe que en ella se realiza la gracia (2 Cor 12,9).

Correr el riesgo

Pero también sabe que en la ambigüedad del tiempo siembra lo definitivo (1 Cor 15, 35-58). Y por eso el cuidado y la vigilancia que recomendó Jesús. La imagen de la semilla parece la menos inexacta para plasmar las relaciones entre la acción histórica y la definitividad escatológica. El que la relación sea interna nos libra y libra a la Iglesia de la arbitrariedad. No se trata de ejercitarnos para estar preparados o de acumular un capital de méritos con que pagar el cielo. Por eso no bastan sólo intenciones ni menos aún declaraciones. Hay que tomar en serio la historia. Tenemos que dar la vida porque ella sea historia de salvación, es decir, dedicarnos a construir un mundo donde habite la justicia y en el que nazcamos como hijos del Reino. Si no logramos esto último, no entraremos al banquete final (Mt 22, 11-13). Sobre el éxito de la construcción del mundo no tenemos, en cambio, ninguna palabra del Señor. Es decir, sabemos que habrá cielos nuevos y tierra nueva, pero no sabemos si vendrán como bendición del cielo a una tierra preparada o consistirán en arrebatar a los

hijos del Reino de una tierra podrida. De todos los modos lo que se salve, aunque sea pasando por el fuego, será lo construido en la historia.

Así pues la Iglesia, si quiere ser fiel al Espíritu, debe entregarse a la historia con humildad, vigilancia y confianza. Con humildad, sabiendo su radical limitación; con vigilancia, consciente de

lo que se juega y de que acechan los enemigos; con confianza en que el Espíritu derramado en nuestros corazones no defrauda.

Y sin embargo a veces los cristianos pretendemos no jugar en la historia pretendiendo reservarnos para Dios. Como el que enterró el talento (Mt 25, 18.24-30), a veces tememos equivocarnos

porque lo histórico es ambiguo y dejamos pasar la ocasión esperando una clarividencia imposible o por temor a que nos utilicen o malinterpreten o simplemente para no equivocarnos. Cuando nos paraliza el miedo y no actuamos, nos equivocamos siempre. Al negarnos a vivir de la fe, apagamos al Espíritu.

TRES PROBLEMAS DE NUESTRA IGLESIA

LA IGLESIA ES COMUNIDAD

La palabra griega ekklesía significa asamblea. No templo. Ni tampoco masa inorgánica apiñada para presenciar un espectáculo o vitorear a un líder. Ekklesía es reunión de un pueblo organizado para pensar su vida, decidir su camino y juzgar su conducta.

Entre nosotros es claro que la mayoría ni sabe ni siente ni vive su ser cristiano como pertenencia a una comunidad real. No ligan su ser cristiano al esfuerzo de constituir o integrarse a una comunidad concreta de personas amistadas, más aún hermanadas, en el camino común de construir el Reino. Nuestra Iglesia no está estructurada como comunidades articuladas de personas que se conocen, que intercambian sus dones, que se quieren, se ayudan y se corrigen, que planean juntos cómo hacer de su vecindad, de su trabajo, de su descanso, de su mundo un mundo justo y fraternal.

Es más, la mayor parte de los bautizados que se profesan cristianos ni siquiera saben que ellos son Iglesia. Se piensa que la Iglesia son los obispos, los curas, las monjas y algunos seglares clericalizados, es decir, que se la pasan en la iglesia o en reuniones con padres y hermanas. Piensan que tienen que acudir a sus tiempos a la misa, que tienen que tomar en cuenta lo que manda la Iglesia (es decir la jerarquía) y que, como muestra de su respeto a Dios, tienen que tratar con deferencia a los padres que son sus representantes y a las hermanas que están consagradas a él. Pero, cumplido esto, lo más medular de su ser cristianos se vive por la libre: cada quien tiene sus criterios, sus prácticas, sus devociones. Cuando se acude al templo o se toma contacto con el sacerdote es para recabar un servicio religioso o a lo más para pedir un consejo o un favor. Pero no para formar una comunidad ni para constituirse en asamblea.

No podemos entrar ahora a analizar cómo hemos llegado a este estado de

cosas. Lo que urge es plantearnos (tanto los seglares como la jerarquía y los religiosos) si queremos de verdad que nuestra Iglesia llegue a ser comunidad; si queremos cambiar esa figura institucional de Iglesia clerical dadora de servicios religiosos, asistenciales y promocionales. No es tan seguro que queramos sinceramente este cambio. El nos exige a todos una larga marcha y grandes transformaciones.

Si queremos, tenemos que reflexionar sobre cómo llegar a ser comunidad. Y para esto el primer principio es que el modo de producción determina el producto, es decir, que sólo un camino comunitario conduce a la comunidad. Exhortaciones masivas a la comunidad o meditaciones individuales sobre la misma son radicalmente insuficientes. El aprendizaje debe ser también comunitario. Tenemos que decidirnos a una conversión para la fraternidad, que no puede dejar de ser también conversión a la solidaridad.

Porque la comunidad cristiana no es un nido de sentido frente a un mundo masificado y hostil. Sólo hay comunidad cristiana en la carne y sangre del Señor, es decir, en la muerte al egoísmo in-

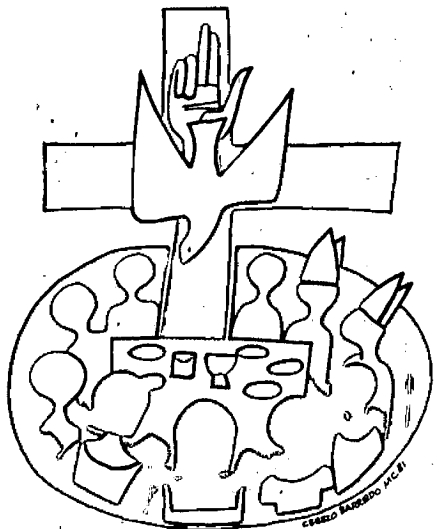
dividual, familiar y de clase. No es comunidad para preservarse sino para morir y renacer.

No constituiremos una comunidad hasta que no descubramos, como Pablo (Hch 9, 3-6), la identidad de Jesús con la comunidad cristiana pobre y perseguida. Si lo descubrimos, se nos hará insoslayable el problema de cómo nuestro pueblo pobre y cristiano puede ser oprimido por otros que también se llaman cristianos; y, lo que es peor, cómo esa división entra también en forma de diferencias y privilegios en la propia institución eclesiástica y hasta en la asamblea cristiana. Este problema se presentó tanto en las iglesias helenistas como en las judías y en ambas fue encarado con gran energía por los responsables (1 Cor 11, 17-34; St 1, 27-29). No habrá entre nosotros comunidad cristiana si no encaramos y resolvemos cristianamente este problema.

Vías hacia la comunidad son: La lectura de la Biblia en común y el discernimiento de nuestra situación y nuestras vidas a la luz de la Palabra. Las liturgias participadas y situadas. Y de un modo insoslayable, lo que los primeros cristianos llamaban la Koinonía: la comunicación personal, las visitas, la ayuda mutua aun económica. Pero, dándose todo esto y aun para que se dé, la comunidad cristiana, la Iglesia se construye en la evangelización.

COMUNIDAD EVANGELIZADORA

La Iglesia se construye al evangelizar porque evangelizar es el acto cristiano por excelencia. Es la finalidad de la Iglesia: para eso convocó Jesús a sus apóstoles en su vida mortal y en la Pascua. Si la Iglesia no evangeliza se degrada a una religión étnica que se aprovecha de sus adherentes a cambio de una gracia barata, se degrada a una institución que ofrece sentido sin exigir una transformación profunda, que unifica a la sociedad sacralizando el (des)orden



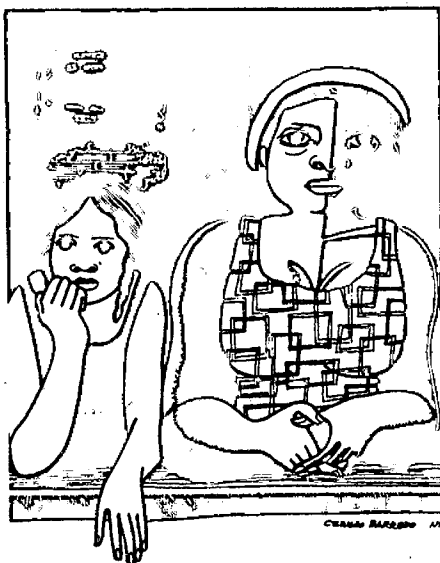
establecido. Una Iglesia así es el alma de un mundo desalmado.

Evangelizar no es hacer proselitismo, no es ganar adherentes para la institución, no es llevar a la profesión de unas doctrinas y al acatamiento de una disciplina y unas autoridades. Evangelizar es comunicar vida, la vida de Dios que nos trajo Jesús, vida filial con Dios y fraternal con los hombres, empezando por los pobres y necesitados. Así pues se evangeliza al entablar una relación radical y mutua en torno a la vida, una relación bidireccional, solidaria. Esta relación se basa en la relación primordial que Dios ha querido entablar con nosotros y se expresa en símbolos y prácticas; requiere, pues, la transmisión del mensaje y desemboca en los sacramentos y la participación en el quehacer de la Iglesia. Pero la sustancia de esta relación es la vida entregada amorosa y servicialmente. Todas las acciones y estructuras eclesísticas sólo tienen razón de ser si van encaminadas a que esta vida se haga presente, se restaure cuando se ha deteriorado o perdido y crezca hasta su plenitud.

Nuestra institución eclesástica ofrece servicios religiosos, instruye en alguna medida a sus adherentes y presta a la sociedad diversos servicios. Pero ¿evangeliza? La Misión Nacional parte de la convicción de que la evangelización que se da es radicalmente insuficiente. De ahí la propuesta de esa movilización general que comienza con ocasión de la visita del Papa, pero que, si se toma en serio, debe continuar al menos durante una década.

Si tomamos en serio la evangelización, la entrega a ella irá poniendo al descubierto nuestras inadecuaciones y aun nuestra radical pobreza. Cada uno de los que nos llamamos cristianos ¿tenemos algo precioso que decir a nuestros vecinos y amigos, a nuestros conciudadanos? Las palabras que uno dice, si son palabras de Dios, saldrán de nuestra boca como espada de doble filo y nosotros seremos los primeros desgarrados por ellas. Si hablamos en serio comprenderemos que tenemos que convertirnos, que tenemos que cambiar muchos sentimientos, opiniones, conductas y solidaridades. Cada vez nos costará más hablar, pero tendrán más peso nuestras palabras. Sentiremos necesidad de ser ayudados, de vivir en una comunidad. Esa comunidad de ayuda mutua será también el lugar a donde invitemos a aquellos a quienes evangelizamos.

Si nos metemos en este proceso comprenderemos el anacronismo de mu-



chos elementos de la institución eclesástica, aún anclada en gran medida en el orden feudal. Y como San Francisco, más que combatirla, nos dedicaremos a restaurarla desde abajo, desde la evangelización y las relaciones y estructuras sencillas y verdaderas que de ella vayan brotando.

LA CRISTIANDAD VENEZOLANA

El que los cristianos no nos sintamos urgidos en Venezuela a formar comunidades y a evangelizar tiene que ver con nuestra situación de cristiandad. Si el ser cristiano nos viene de nación, si aquí todos somos cristianos desde hace quinientos años ¿qué sentido puede tener evangelizar? Parece que bastaría con que los sacerdotes nos recordaran los compromisos cada semana y que de vez en cuando los padres misioneros nos removieran lo que se hubiera apagado o endurecido por causa de nuestros pecados. Y en cuanto a formar comunidad ¿no bastan acaso con las comunidades naturales y tantas asociaciones, entre ellas las religiosas para los que sientan inclinación a ello? Formar comunidades parece hacer una segregación ¿no es eso lo que hacen los evangélicos? ¿Vamos a venir ahora los católicos a hacer lo mismo?

Es cierto que la abrumadora mayoría de los venezolanos se profesa católica, y que la jerarquía católica es una de las instituciones públicas cuya opinión pesa y que en cualquier acto tiene un puesto de honor. Pero ¿podemos deducir de ahí que la sociedad venezolana se inspira en el evangelio? ¿Podemos decir que la vida económica, política y social se estructuran en base a la justicia y a la participación solidaria?

Esta es la contradicción: nuestra sociedad es aún en buena medida cultu-

ralmente cristiana, pero sin embargo vive en una situación de pecado. Es decir lo cultural no está inspirado por una fe viva ni animado por un amor salvador. ¿Llamaremos cristiana a una sociedad por sus signos cristianos o porque tiene el Espíritu del Señor? La respuesta evangélica es clara (Mt 7, 21-23).

Ahora bien, es claro (así lo reconocen hasta los propios líderes) que las estructuras económicas, políticas e ideológicas que configuran el orden establecido son estructuras de pecado. Eso significa que quienes las han creado y las mantienen no pueden llamarse cristianos. Pero ¿podemos decir lo mismo del pueblo que las padece? No pueden llamarse cristianos, por ejemplo, quienes sacrifican a toda una generación para pagar los dólares que se llevaron y engordan en el extranjero, ni los jueces que sistemáticamente deniegan justicia al pueblo y absuelven a los culpables, ni los policías delincuentes... ¿Pero el pueblo que carga con este pecado? Los que lo llevan con dignidad, incluso los que aplastados por el peso caen en el pecado, ¿no son aquellos a quienes Jesús dijo: "acerquense a mí todos los que están rendidos y abrumados, que yo les daré respiro" (Mt 11, 28)?

De lo que hasta aquí llevamos dicho se deduce que hay que distinguir entre la religión del pueblo y la del orden establecido. A veces sus manifestaciones exteriores parecen las mismas, incluso coinciden en los mismos actos. Pero es diversa la intencionalidad, la relación con Dios que a través de esos actos se busca establecer. Hay muchas probabilidades de que (con las desviaciones que hubiere) el ejercicio cristiano sea para el pobre soporte de resistencia, dignidad y esperanza; en cambio para el rico tiende a convertirse en búsqueda de aprobación y sentido sin conversión, tiende a ser encubrimiento.

Así pues, la evangelización tiene que deshacer el equívoco de la presente "civilización occidental y cristiana". A los que conforman el orden establecido hay que quitarles la falsa seguridad cristiana y ofrecerles la alternativa del amor de Dios con el llamado a transformar sus corazones y la sociedad. Al pueblo hay que llamarlo a la esperanza y entablar para eso con él y sus símbolos un diálogo histórico liberador (Volvremos sobre este punto en otra ocasión). Pero para evangelizar así ¿cuál debe ser el lugar social de la institución eclesástica?

(1) S. Ratzinger: Revelación y tradición. Herder, Barcelona 1971, pp. 44-45.